

## Sócrates y Critón en el Ateneo

Sócrates y Critón estuvieron ayer tarde en el Ateneo, y no para tomar parte—como acaso tema el lector—en debate alguno sobre responsabilidades, sino para reproducir, mediante el diálogo memorable, la lección de moral cívica que Platón compusiera. Algunos socios, habituados a visitantes de más cotidiano pergeño y de menos nobleza en ademanes, se mostraban un poco sorprendidos. Y como una legítima curiosidad, no tardó en ganar a todos—incluso a los conversadores recalcitrantes de la *Cacharrería*—, y como era nutridísima la masa de invitados, dicho queda que el salón del Ateneo aparecía totalmente cubierto de público.

Feliz iniciativa, en verdad, la de la Sección de Filosofía, al lograr la representación escénica del *Critón*, que ayer nos fué servida. No cabe desconocer el valor de una objeción que a este respecto pudiera formularse. El diálogo de Platón—todo él una honda y varia sugestión de eximia calidad intelectual—no recibe nada con la realización plástica. Los personajes de carne y hueso, la colaboración de candilejas é indumentaria, más bien restan fuerza al juego puro del pensamiento. El teatro—cualquiera que sea nuestra noción de esta fórmula de Arte—requiere un *mínimum* de viveza exterior, que en modo alguno podemos hallar en el coloquio platónico, lento en su acorde, como encajinado que está á la dilucidación de un problema de conducta, en un medio de soledad y recogimiento, propicio á la meditación provechosa.

Sea de ello lo que quiera—y claro está que el debate es libre en torno al punto de vista en que incidentalmente se ha colocado el que suscribe—, es lo cierto que merece un aplauso incondicional la noble empresa, á que nos estamos refiriendo, realizada por el Ateneo, pero debida á la inspiración del distinguido escritor don Rafael Urbano. Y tanto más hemos de aplaudir la iniciativa, cuanto que ha sido llevada á dichoso remate por los señores Bacarisse y Romero Flores—traductores del *Critón*—con una pureza, con un entusiasmo, con una competencia realmente ejemplares. Ambos son doctores en Filosofía de bien distribuida cultura. Y el señor Bacarisse, á mayor abundamiento, poeta y prosista de excelentes cualidades: promesa de las más ciertas de cuantas nos brinda la nueva generación literaria.

Y volvamos al *Critón*. ¿Necesitará el lector que le sean recordadas las líneas esenciales de su asunto? Sócrates ha sido condenado por el Tribunal de los Heliasistas, ante el que fué acusado por Anito, Melito y Licón, como corruptor de la juventud, en cuanto trataba de renovar radicalmente las ideas religiosas y políticas de la República. En su celda espera, con serenidad imperturbable, el momento de morir, cuando recibí la visita de Critón, su amigo de siempre, su paisano y discípulo, dechado de generosidad. Critón propone á Sócrates una fuga, con toda suerte de garantías. Sócrates rechaza de plano la tentación. Critón ensaya distintos argumentos: las gentes pensarán que los discípulos han dejado morir al maestro; ellos mismos no pueden resignarse á su pérdida definitiva.

Sócrates continúa negándose, con ánimo resuelto. El siempre se sometió á las leyes, en cuanto son expresiones divinas de un orden justo que no puede quebrantar, por mucho que le empuje un azar adverso. Los principios de su moral son absolutos y universales. Nadie está autorizado para contestar á la injusticia con la injusticia. Y si él, abandonando la prisión, se refugiase en Tesalia, ¿cómo podría vivir, entre celos y sospechas, perseguido de cerca por la voz de su conciencia, que le hablaría en nombre de su propio pensamiento traicionado? No tendría razón alguna que oponer á las recriminaciones de las leyes, si éstas en forma tangible, le salieran al paso en el camino de su evasión.

Hasta aquí el diálogo, del que se desprende una doctrina moral, cuya glosa—y mucho más su enjuiciamiento—nos haría traspasar la linde natural de las presentes notas informativas. Lo justo legal y lo justo natural, el derecho á la rebeldía, la libertad interior frente á la coacción social ó pública, la legítima defensa en el derecho natural, la no resistencia al mal de Tolstoi, etc., etc., serían algunos de los enunciados á que habría que atender en un comentario cumplido al *Critón* clásico en su irradiación histórica.

Cifándonos al caso concreto de la solemnidad de ayer, hay que convenir en que lograr la encarnación de los dos personajes mediante actores que acertasen á salvar el doble escollo de que luego se hablará, no era fácil ciertamente. Había que procurar, ante todo, que los intérpretes se condujeran con una pureza de actitud, de palabra, de gesto, tan absoluta que toda idea de histrionismo quedase ausente. El doble escollo en orden á esa finalidad artística estaba representado, de una parte, por la trivialidad realista, y por otra, por el engolamiento académico, en que se polarizan, alternativamente, las maneras de nuestros actores. Critón y Sócrates no podían conversar con aire vulgar y doméstico.

Pero tampoco, con empaque artificioso de puro solemne. Son nada más y nada menos que dos hombres, superiores á todo concepto ocasional de tiempo y de espacio. Tenían que buscar el acierto en una liga difícilísima de realidad espiritual y estilización prudente de medios expresivos: lo es tuarío en las líneas y el calor vital en las palabras. No creemos que á tal empeño estuviesen indicados ni el señor Borrás ni el señor Ruiz Tatay, actores ilustres si los hay, pero de una escuela que no es precisamente la adecuada. El uso frecuente del traje de pana, del cayado rústico y de la capa rural, más bien embaraza que facilita el empleo justo y entonado de la túnica ateniense. El señor Ruiz Tatay se aproximó más que el señor Borrás al modelo que nosotros habíamos concebido; se caracterizó mejor que su compañero y entonó su lenguaje con cierta gravedad patética que sólo deslució la doméstica vulgaridad de los ademanes. El señor Borrás se limitó á mover las cejas y á darse alguna vez con las manos en la rodilla. Escuchó deficientemente á Sócrates y recitó su papel con la inseguridad del que se advierte despistado. Con eso y con todo, la representación de *Critón* ha constituido, sin duda, un suceso gratísimo. Parafraseando á Fedón, podríamos decir: «El conmemorar á Sócrates, aun con medios deficientes, es siempre para mí la más agradable de todas las cosas».

Antes de que fuesen descorridas las cortinas del improvisado escenario, el señor Bonilla San Martín pronunció unas oportunas frases de aclaración y noticia. Luego, el público expresó su complacencia en reiteradas salvas de aplausos. Los señores Bacarisse y Romero Flores recibieron las felicitaciones que merecían.

MELCHOR FERNANDEZ ALMAGRO